

TUSQUETS, J. (1999): *El què i el perquè dels dos Concilis Vaticans* (Barcelona, Santandreu), 210 pp.

La editorial Santandreu que dirige infatigablemente Jaume González-Agàpito nos presenta en esta ocasión una obra singular. En efecto, se trata de un manuscrito que monseñor Juan Tusquets Tarrats (1901-1998) entregó en vida al doctor Jaume González-Agàpito con el encargo de que se publicase después de su fallecimiento. De ahí que pocos meses después de su muerte aparezca este libro que, si bien contiene algunas reflexiones y comentarios que lo acercan al género memorialístico, en realidad constituye una reflexión teológica de carácter cultural y comparativo. Aunque no es el momento de describir la biografía de Monseñor Tusquets —recientemente Ramona Valls ha publicado un interesante estudio sobre *Pedagogos comparatistas catalanes del siglo XX: Rosselló, Tusquets, Sanvisens* (1998)—, no podemos dejar de recordar que, además de enseñar historia de la filosofía moderna y contemporánea en el Seminario Conciliar de Barcelona, obtuvo en 1956 la cátedra de Pedagogía General de la Universidad de Barcelona, dirigiendo durante veinticinco años la prestigiosa revista *Perspectivas Pedagógicas*, dedicada especialmente a cuestiones educativas de carácter comparado.

A tres metas apuntaba el espíritu de renovación promovido por el cardenal Mercier a comienzos de siglo, cuando Tusquets estudió en la universidad de Lovaina: superar el criticismo kantiano, vindicar históricamente el pensamiento escolástico y singularmente el de Santo Tomás, y elaborar una filosofía que integrase en las coordenadas tradicionales los hallazgos de la ciencia y el estilo moderno de pensar. Espíritu precoz, Tusquets fue cofundador de la revista filosófica *Criterion* y secretario de la misma entre 1926 y 1934. Desde primera hora, porfió por distanciarse del pensamiento kantiano y de una filosofía contemporánea que —a su entender— se desarrolló como una glosa a la crítica kantiana. Fiel a la tradición aristotélico-tomista, siempre fue partidario del realismo objetivista. De hecho, la filosofía de Tusquets se caracteriza por la defensa del principio de identidad, al que acompaña un realismo gnoseológico abierto —de conformidad con la filosofía aristotélica— a la analogía y, por ende, a la comparación.

Al igual que el Estagirita, Tusquets ha sido un teórico y un práctico de la comparación cultural y pedagógica. En realidad, buena parte de la obra de Tusquets se inscribe, precisamente, en una perspectiva de claro signo culturalista. No por azar, Tusquets polemizó desde su juventud con dos de nuestros mejores intelectuales del siglo XX, a saber, Ortega y Gasset y Eugenio d'Ors. No podía ser de otro modo, ya que frente al historicismo orteguiano (según aquel sistema de ideas y creencias dibujado por Ortega) y a la estética cultural orsiana (sintetizada en el discurso de la restauración clásica que bebe en las fuentes de la mediterraneidad), Tusquets esgrimió una cultura enraizada en la tradición católica. Mientras Ortega disuelve la categoría de substancia en beneficio de un vitalismo proclive al relativismo y al escepticismo y Eugenio d'Ors reclama la enseñanza de la mitología (como parte integrante de un clasicismo paganizante de ascendencia mediterránea), Tusquets —otro campeón del culturalismo pedagógico— defiende un catolicismo abierto al signo de los tiempos. Rememorando al mismo Tusquets —tan ávido siempre de etiquetar las cosas—, podemos decir que su posición representa un sedentarismo aperturista porque, desde la fidelidad a la tradición, desea responder al signo de los tiempos de acuerdo con el espíritu renovador lovainense.

Pero Tusquets también dedicó su atención —desde el primer momento— a los aspectos pedagógicos, cosa lógica si consideramos que la pedagogía se convierte en la garante de la cultura, de una cultura heredada que hay que actualizar a fin de no caer en el inmovilismo sedentario. Catedrático de Pedagogía en el Seminario Conciliar de Barcelona desde 1926; director de las escuelas parroquiales de San José de Gracia entre 1928 y 1936; fundador y director de la revista *Formación Catequística* que, a partir de 1939, se denominó *Orientación catequética*; profesor de Pedagogía de la Escuela Diocesana de Magisterio (1948-1956); Tusquets accede a la cátedra universitaria siendo juzgado por un tribunal presidido por Juan Zaragüeta. En realidad Tusquets fue el encargado de restaurar los estudios de Pedagogía en la Universidad de Barcelona, después de la salida al exilio en 1939 de la casi totalidad del profesorado que integraba el Seminario de Pedagogía durante la época republicana (1930-39). De alguna manera el papel que desempeñó Joaquim Xirau durante aquellos años republicanos era asumido ahora por Juan Tusquets que siguiendo el magisterio de Zaragüeta y con la colaboración del Dr. Font y Puig, conectó el neoescolasticismo y la pedagogía a fin de fundamentar una pedagogía católica en la línea de la escuela alemana, representada por Otto Willmann, Josef Göttler (de quien Tusquets tradujo su *Pedagogía Sistemática*) y

Friedrich Schneider (encargándose de la versión española de su obra *La pedagogía comparada*). Buscando armonizar los diferentes exclusivismos que se concitan en la pedagogía, Tusquets asume una actitud ecléctica de manera que su Pedagogía General —según manifiesta en su *Teoría de la Educación*— no es «acentuadamente racional, ni experimental, ni sistemática, ni crítico-histórico, ni analítica, ni sintética, sino *problemática*». En realidad, defiende una educación de la problematicidad —y por tanto, una pedagogía de la problematicidad— que se fundamenta en una antropología de la problematicidad ya que, para Tusquets, el hombre es un ser problemático y problematizador. Por consiguiente, la educación debe capacitar al hombre para plantearse y resolver con acierto todos los problemas radicalmente humanos. Esta conceptualización problemática de la educación y de la pedagogía, hace que Tusquets busque una conciliación ecléctica, según una fórmula bien conocida: «La Pedagogía General, y la educación por ella regulada, es sustantivamente unitaria y adjetivamente pluralista; sustantivamente esencialista y adjetivamente existencialista; sustantivamente personalista y adjetivamente socialista, y sustantivamente tradicional, pero adjetivamente progresista». En resumen: una pedagogía perenne que fiel al pensamiento cristiano se centra en los problemas del ser humano, a la vez que se abre a los progresos de la ciencia.

En 1986 Tusquets publicó un interesante libro —*Tarzán contra Robot. El neonomadismo y el neosedentarismo protagonistas de la crisis contemporánea*— en el que dejaba constancia de su peculiar (y a la vez creativa) interpretación histórico-comparativa de la cultura: al nomadismo originario del hombre primitivo, siguió el sedentarismo neolítico de la cultura agrícola, que se reforzó con el neosedentarismo de la sociedad industrial que, finalmente, ha dado paso a un neonomadismo que caracteriza a la cultura actual (postindustrial). En realidad, el libro que ahora nos ocupa —y que se ha editado solamente de manera póstuma— responde, a grandes rasgos, a las coordenadas que rigieron siempre el pensamiento de Tusquets: la preocupación por los problemas (ya fuesen culturales, teológicos o pedagógicos), la vocación histórico-comparativa y la categorización de las distintas situaciones según un esquema que descansa en la dinámica sedentarismo/nomadismo. Por lo general, las actitudes nómadas ofrecen horizontes aperturistas, mientras que las sedentarias se singularizan por posiciones más cerradas (antiaperturistas). Cada problema es susceptible de cinco soluciones: dos incompatibles con la Iglesia, el *nomadismo* y el *sedentarismo radicales*, y dos compatibles, el *nomadismo* y el *sedentarismo moderados*. En algunos casos pueda

darse una solución *bivalente*, es decir, que favorezca en parte el nomadismo y en parte el sedentarismo. A partir de este esquema, Tusquets elabora un *test* que aplica a ambos Concilios, lo cual permite establecer un doble paralelismo comparativo cualitativo y cuantitativo. El sedentarismo moderado del Concilio Vaticano primero contrasta con el nomadismo moderado del Vaticano segundo que presenta así unos guarismos más favorables en la comparación: la diferencia entre el aperturismo de los dos Concilios Vaticanos es de 21 puntos a favor del segundo.

Con estos antecedentes, Tusquets describe el largo trayecto que va de la convocatoria del Vaticano Primero a la clausura del Vaticano Segundo a fin de rectificar las opiniones —a veces un tanto simples— en torno a este período histórico. Nos encontramos, pues, ante una obra divulgadora y didáctica sobre la base de una documentación suficiente, honrada y, sobre todo, vivida. No el balde, el Dr. Tusquets fue testigo de una serie de sucesos históricos —vinculados a las dramáticas horas de la historia de la España contemporánea— que, de una u otra forma, afloran en diversos pasajes de este libro que aborda la problemática conciliar en un doble aspecto: aquellos problemas que se refieren a la reforma interna de la Iglesia y aquellos otros inherentes a su posición ante las mentalidades e instituciones ajenas. No nos hallamos ante una obra polémica —a pesar que Tusquets siempre mostró una gran afección por los grandes publicistas del siglo XIX, como Balmes y Donoso Cortés—, sino ante una manifestación pública del gran amor que siempre profesó por la Iglesia católica. Desde su retiro de la Residencia Sacerdotal de Sant Josep Oriol (Barcelona) Tusquets redactó unas páginas llenas de pasión pero, a la vez, de equilibrio y mesura. Al escudriñar los entresijos del Vaticano primero (la trayectoria aperturista de Pío IX y la posterior reacción conservadora que por causa de la revolución de Garibaldi atemperó su aperturismo inicial), Tusquets concluye que el aperturismo moderado se frustró por tres condicionamientos: el sectarismo revolucionario, la rutina anacrónica y la inestabilidad política. Después de analizar el Vaticano primero, llega el turno a la génesis y desarrollo del Vaticano Segundo, convocado por Juan XXIII y continuado por Pablo VI, papas por los cuales Tusquets muestra grandes simpatías y con cuyas reformas sintoniza por responder a un inequívoco espíritu de aperturismo moderado. Como siempre, y de acuerdo con su ascendencia aristotélico-tomista, Tusquets se sitúa en un equilibrado punto medio: entre el aperturismo radical (una especie de nomadismo absoluto) y el antiaperturismo absoluto (una especie de sedentarismo radical).

Es hora de acabar y de significar que después de la lectura de esta obra nos aparece una imagen del Dr. Tusquets que sintetiza las diferentes corrientes que influyeron en su pensamiento que, de este modo, se aleja de cualquier tentación inmovilista: al igual que el Concilio Vaticano II Tusquets fue partidario de un aperturismo equilibrado, moderadamente nómada a partir del cual pretendió dar sentido a toda su obra pedagógico-cultural, ya fuesen sus intentos de renovación catequética o bien se tratase de su visión internacionalista de la educación. Al fin de cuentas, Tusquets consideraba que la pedagogía era un instrumento eficaz que podía contribuir a la mejora equilibrada del mundo.

*Conrad Vilanou*